

AICHINGER, Ilse: *Consejo gratuito*. Frontispicio de Antonio Gamoneda. Trad. e introducción de Rosa Marta Gómez Pato. Orense: Ediciones Linteo 2011. 226 pp.

Si, hasta no hace mucho tiempo, resultaban infrecuentes las traducciones al castellano de obras literarias en lengua alemana –salvo, quizás, los inagotables Kafka, Hesse o algún otro autor, que no suelen faltar en los catálogos editoriales–, es evidente que en los últimos años las cosas parecen estar cambiando; sin embargo, en el terreno de la lírica los avances van más despacio y las causas de ello parecen evidentes: la reducida demanda poética, en términos genéricos, y el general desconocimiento de la literatura alemana por parte del lector español, en un plano más concreto. Siendo esto así, resulta admirable que editoriales de, hasta el momento, no muy largo recorrido, como Linteo, tengan toda una sección dedicada a la lírica, Linteo Poesía, y se atrevan tanto con clásicos alemanes como Hölderlin, Heine o Rilke, cuanto con autores actuales muy poco conocidos en España, como es el caso de la escritora que nos ocupa, Ilse Aichinger (la presencia en el catálogo de Herta Müller podría justificarse por la popularidad obtenida tras la obtención del Premio Nobel).

Hasta el momento de la aparición del libro que estamos comentando, sólo se había traducido en nuestro país la única novela de Aichinger, *Die größere Hoffnung* (*La esperanza más grande*, Barcelona, 2004) y publicado el estudio de Rosa Marta Gómez Pato, *Lenguaje, realidad y memoria histórica en la obra lírica de Ilse Aichinger 'Verschenkter Rat'* (Santiago de Compostela, 2005). Puesto que esta última publicación se deriva de la tesis doctoral de su autora, parece claro que es ella –por su probado conocimiento de la escritora alemana y, particularmente, de su lírica– la persona más adecuada para acercar el único poemario de Ilse Aichinger al lector español. Partimos, pues, de la certeza de que la lírica de Aichinger tiene desde ahora, entre nosotros, la mejor de las presentaciones. Pero vayamos ya al contenido del libro.

La primera sorpresa que se encuentra el lector al pasar las hojas –y que no se anuncia en la portada, con lo que ello supondría de reclamo para cualquier lector de poesía– es un texto de Antonio Gamoneda, con el título “Frontispicio para Ilse Aichinger”. En nota a pie de página declara el propio Gamoneda, entre otras consideraciones, lo siguiente:

En este “frontispicio”, que lleva consigo alguna voluntad poemática, las palabras y periodos expresivos que aparecen en letra cursiva pertenecen a Ilse Aichinger. Más propiamente: a la traducción que Rosa Marta Gómez Pato ha hecho del libro de Aichinger (p. 11).

Estamos, por tanto, ante un poema de Gamoneda creado para la ocasión y entre cuyas palabras aparecen las propias de la traductora Rosa Marta Gómez Pato, lo que resulta un homenaje a la autora de la obra y un aval de esta concreta traducción. Veamos sólo el comienzo, que nos muestra ya el grado de identificación del yo lírico del poema de Gamoneda, con la poesía toda de Aichinger:

Ilse:

Cuando tú dices “tú”, estás diciendo “yo”.

Sin saberlo, estás diciéndome en ti misma.

Soy yo quien quiere *contemplar los jaguares desde lo alto de mis graneros y los juegos pretéritos del agua*.

Es tan fácil morir; *morir con vosotros*, dices.

Así será, pero yo no lo comprendo:

*los carpinteros están indefensos en cada piedra*

y la muerte se esconde bajo *los atuendos de los obispos*. (p. 9).

Al poema de Gamoneda le sigue una introducción –a todas luces necesaria por tratarse de una autora poco conocida en España, como ya se ha dicho– debida a la propia traductora, donde se expone la condición de Aichinger de judía damnificada por el régimen nazi, la influencia de este hecho en su literatura y el discurrir de la misma, así como sus peculiaridades. Finalmente, se centra en esta obra concreta: estamos ante el único libro de poemas publicado por su autora, pero, lejos de ser un libro unitario, en él “se recogen textos escritos desde 1955 hasta 1978, fecha de su publicación, que no aparecen ordenados cronológicamente, sino atendiendo a posibles correspondencias temáticas y/o formales que la propia autora estableció” (p. 19). La sencillez de su lenguaje, su tono lacónico, a veces onírico y cercano al surrealismo son algunas de las características estilísticas señaladas; mientras que, en un plano más profundo, se destacan los “intentos de hacer superable el pasado, de re-aprender la lengua materna y hacer posible la literatura y la vida tras el horror nazi y la guerra” (p. 20). En definitiva, estamos ante un ejemplo destacable de “Poesía como reflexión poética y filosófica, y como compromiso” (p. 22). En palabras de Erich Fried, con las que se cierra la introducción, cabría definir así este poemario: “*Consejo gratuito*, poemas en los que se hace crítica de este mundo, crítica que, aunque no tenga que ver con la política diaria, no por ello es menos radical” (p. 23).

Sobre la traducción propiamente dicha, hemos de decir, en primer lugar, que nos parece excelente: transmite la sencillez del lenguaje original (la “difícil sencillez” que defendía Juan Ramón Jiménez) sin hacerse notar (¡cuántos traductores, pudiendo ser relativamente fieles al original, lo alteran sólo para que no pase desapercibida su presencia como intermediarios!) y, en los casos en los que el verso tiene un cierto carácter críptico, lo respeta sin recurrir a construcciones sintácticas más asequibles (como alterar el orden de la frase, introducir perífrasis, etc.). Sólo esporádicamente aparece alguna redundancia que no nos explicamos más que por el afán clarificador de la traductora; nos referimos a títulos como el del poema “Gonzagagasse” (p. 118), que traduce por “Calle Gonzagagasse” (p. 119), y, en el mismo sentido, “Prinz-Eugen-Straße” (p. 122), traducido como “calle Prinz-Eugen-Straße” (p. 123), o “die Salesianergasse” (p. 128), como “la calle Salesianergasse” (p. 129), ya en el discurso lírico. Es cierto que redundancias de este tipo suelen aparecer en guías o libros de viajes, donde se busca, sobre todo, la fácil identificación de los lugares y se presume el desconocimiento lingüístico del lector extranjero. No sucede, evidentemente, lo mismo en el caso de un libro de poesía, donde el

significado connotativo tiene mayor importancia, como resulta evidente, que el denotativo. Con todo, la elección de la traductora no menoscaba, en absoluto, el resultado final, que, como ya hemos dicho, nos parece excelente.

La sensación que nos queda, tras la lectura de la traducción, es que la responsable de la misma realiza su trabajo marcada por una afinidad personal con el poemario –no en vano declara en su “Nota a la traducción”: “En los estantes de una librería de viejo de Copenhague, un día de verano de 1995, encontré este libro de poemas de Ilse Aichinger que ya no me dejaría jamás” (p. 25)– ; y, más aun, que posee una elevada sensibilidad poética. Sólo así se justifica el lirismo que la propia traducción despliega y que sobrepasa la mera fidelidad al verso original.

En consecuencia, hay que saludar muy encarecidamente esta traducción –a la par que presentación– de la lírica de una autora capital en las letras alemanas contemporáneas, realizada con tanta delicadeza como maestría, y decirle, a quien pueda interesar, aquello que escuchó San Agustín: *Tolle et lege*.

Francisco Manuel MARIÑO

AMÉRY, Jean: *Lugares en el tiempo*. Valencia: Pre-Textos 2010. 152 pp.

Los libros de Jean Améry (1912-1978) pueden, a primera vista, incluirse en la nómina de las obras autobiográficas de otros supervivientes, judíos o no, de las barbaridades y las atrocidades cometidas en los campos de concentración y exterminio nacionalsocialistas: Imre Kertész, Ruth Klüger, Primo Levi, Jorge Semprún, o Elie Wiesel son algunos de los más conocidos y leídos. Sin embargo, la aportación del austríaco resulta excepcional porque, como señala su biógrafa Irene Heidelberger-Leonard, “sus reflexiones se distancian de todos los intentos de explicación existentes, ya sea el marxismo o el totalitarismo, la ciencia histórica o la psicología. A través de cada uno de sus interrogantes, Améry persigue imperturbablemente su camino personal en el que sólo acceden a la palabra lo vivido y la introspección con una subjetividad que nunca se da por satisfecha”. Sus ensayos, “en tanto que interrogantes sobre sí mismo son interrogantes acerca de la época, son manifestaciones de la historia y al mismo tiempo escenifican la resistencia contra ésa”. He aquí, pues, una de las claves: la subjetividad, que en Améry va de la autobiografía a la autodemolición, como matriz de la reflexión filosófica que intenta abordar, sin abandonar los parámetros del pensamiento ilustrado y racional, no sólo los efectos de la aniquilación sobre el individuo, sino también cómo el antisemitismo, Auschwitz y la guerra modificaron, tal vez para siempre, conceptos como lengua, identidad o patria (*Heimat*).

Tras la anexión de Austria por parte del Tercer Reich, Hans Mayer (no adoptará el pseudónimo hasta 1955) “es un pequeño-burgués germano-austríaco proletarizado con una educación poco solvente, sin padre, sin recursos, sin patria”. No será sino tras haber vivido –y sobrevivido a– experiencias como la emigración forzosa, la persecución antisemita o la tortura que el superviviente descubra la aporía de la “obligación e imposibilidad” de ser judío, tener una patria, de escribir